

Sábado IV de Pascua



27 de abril de 2024

Hech 13, 44-52

Sal 97

Jn 14,7-14

P. Eduardo Suanzes, msps

En el evangelio, seguimos en el contexto de la Cena de despedida de Jesús. Hemos entrado en un capítulo¹ (desde ayer) en el que el protagonista es el Padre. Jesús se ha venido refiriendo a él a lo largo del evangelio con mucha frecuencia, pero hasta ahora no ha revelado lo que podríamos llamar su misterio. La ida de Jesús, que tanto preocupa a los apóstoles, tiene un secreto: la realidad del Padre, del que ha surgido, del que ha venido y al que ahora torna. La relación de Jesús con el Padre era total y daba razón de los sentimientos de su persona. Era su secreto y la raíz de su existencia, porque, no lo olvidemos, la razón para Juan, de que Jesús, de que el Verbo se hiciera carne, era ser Revelador del Padre. Ahora, constituida la nueva comunidad, Jesús les hace ver que su marcha tiene como objetivo procurar para ellos una relación con el Padre muy semejante a la suya. En este capítulo se presentan y explican el ansia incontenible del Padre y el deseo también incontenible de Jesús de dárselo a conocer a sus discípulos. El camino para ello será el Espíritu Santo, pero esta enseñanza vendrá justo después de lo que hemos oído hoy.

Fíjense que el ambiente en que se sitúa el discurso es el de la inquietud de los discípulos, desconcertados por la salida de Judas, la predicción de las tentaciones de Pedro y la afirmación de una misteriosa marcha de Jesús que ellos relacionan con la muerte. El futuro se ve muy negro; pero ayer oímos cómo Jesús les decía «*no se turbe su corazón*».

Entonces es cuando una vez que Jesús les comienza a decir que quien lo conoce a él conoce al Padre, Felipe dice: «*Muéstranos al Padre y nos basta*». Por boca de Felipe el evangelista proclama la necesidad más honda de los discípulos de Jesús; en realidad es la necesidad más honda de todo hombre y que se hace extensiva a todos los hombres: ver al Padre. Ya Moisés, cuando estaba en el Sinaí había expresado también ese mismo deseo cuando le pidió a Dios ver su rostro². La respuesta de Jesús es inmediata: «*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*»

Naturalmente «ver» no significa una percepción óptica, sino una experiencia de fe, un conocimiento del Padre en Jesús que tiene toda la fuerza de evidencia. Hasta ahora Felipe, junto con el resto de los apóstoles, está en la experiencia del ciego Bartimeo al borde del camino de Jericó. Ellos, todavía no han «visto» a Jesús, por eso es que tampoco han conocido al Padre. Recuerden que en relato del ciego Bartimeo se dice que él «*tiró a un lado el manto, se puso en pie de un salto y se acercó a Jesús*»³: con el gesto de tirar el manto se

¹ Cfr. SECUNDINO CASTRO SÁNCHEZ, OCD. *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid, 2001

² Cfr. Ex 33,18

³ Mc 10,50

estaba significando que dejaba a un lado toda su vida anterior. Pues bien, será la experiencia del Espíritu Santo la que les hará «tirar el manto», dejar totalmente su vida anterior, a los apóstoles para ser curados de la ceguera y, por fin, «ver» a Jesús y, por tanto, al Padre.

Me recuerda esta pregunta de Felipe a la actitud de los discípulos cuando estaban en la barca con Jesús dormido en ella y lo despiertan. Jesús calma la tormenta pero pese a todo, al final los de la barca no saben quién es Jesús: « *¿Quién es este?*», se preguntaban. Seguían sin fiarse de Jesús. Esta es una constante del evangelio en que son llamados por Jesús «ciegos». « *¿Quién es este?*», ¿Cómo es que me habla del Padre? ¿Cómo dice que si le conozco a él conozco al Padre...?

Y es cuando Jesús le responde a Felipe: « *¿Por qué dices: muéstranos al Padre? ¿O no crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?*» Es decir, ¿quién puede explicar la paradoja de que Jesús de Nazaret sea el rostro de la misericordia del Padre y modelo para vivir, con todo lo que le tocó sufrir y morir? Esta es la pregunta que nos lanza Jesús en el evangelio y a la que tarde o temprano tendremos que responder en el corazón y que implicará que soltemos, o no, el manto, demos un salto, abandonemos la cuneta de nuestros caminos y nos arrojemos a sus pies para pedirle el milagro de «ver». Los que no tienen acceso al Padre son aquellos que creen saberlo todo de Dios, que se sienten calientes y a gusto con sus mantos y seguros en sus mundos contruidos a su medida: esos están, en realidad «ciegos», incapaces de descubrir la sorpresa de Dios en Jesús que pasa por el camino.